

intención de aplicárnoslas también nosotros los católicos, con las que cerró la Conferencia de Nueva Delhi nos señalan el camino que debemos recorrer:

"Al presente nos queda un trabajo inmenso que debemos emprender todos conjuntamente, y es el de preparar espiritualmente a nuestras iglesias a una acción común con vistas a la unidad".

El reto ecuménico del Concilio Vaticano II

Rvdo. Héctor Lazos G.

El Concilio Vaticano II inició una nueva etapa en el ecumenismo de la Iglesia Católica Romana. Ya pasaron aquellos tiempos cuando era necesario que los "disidentes y errados" volvieran al seno de la iglesia para que ésta los llamase "hermanos". Fue el Papa Juan XXII el que aplicó a los protestantes el término "hermanos separados", "fratres sejuncti", siguiendo así el ejemplo de San Agustín que aplicó este término a los donatistas cismáticos. En su primer discurso como Papa romano, Pablo VI llamó a "todos los que se glorían en el nombre de Cristo" por el "dulce nombre de hermanos". Hoy día la Iglesia Romana no niega ya el nombre de "iglesias" a las comunidades protestantes.

Sin duda que esta nueva actitud de la Iglesia Católica Romana hacia las iglesias protestantes representa un serio reto. Es un reto a iniciar una nueva etapa en las relaciones entre las iglesias. Es, pues, un reto ecuménico.

Ciertas iglesias protestantes han declarado ya sus intenciones de no aceptar este reto. Consideran ellas que es un reto insincero por el hecho de que Roma no ha aceptado la posibilidad de reformar su doctrina ni ha dejado de afirmar que es la Una Sancta, es decir la única verdadera Iglesia de Cristo. Sin embargo, como se ha demostrado en semanas recientes mediante la presencia de un pastor luterano en el Seminario Interdiocesano de esta ciudad donde fue invitado a dictar una conferencia de carácter teológico, la Iglesia Luterana en Venezuela sí ha aceptado el reto ecuménico de la Iglesia Católica Romana. En efecto, la Iglesia Luterana, como iglesia ecuménica, se siente obligada a aceptar el reto.

Pero, ¿cómo pueden los luteranos tomar este reto en serio cuando también saben que Roma no está dispuesta a reformar su dogma y que por lo tanto deben considerar a la doctrina de la Reforma Luterana como errada? La respuesta no es fácil. Pero con refugiarnos en nuestras fortalezas doctrinales en nada ayudamos a terminar con el "escándalo de las Iglesias" que consiste en no poder presentar al mundo una proclamación unificada del Evangelio de Cristo. Los luteranos

siempre hemos afirmado que las personas pueden ser cristianas sin tener necesariamente que pertenecer a la Iglesia Luterana. Por ello cuando nos reunimos con representantes de otras iglesias cristianas para dialogar sobre las cosas que nos separan, nosotros los reconocemos como seguidores de Cristo y por lo tanto como nuestros hermanos. Cuando nos damos cuenta de esto, el dolor de vernos separados se vuelve aún más intenso. Nuestras divisiones nos impiden participar de una vida común en Cristo, pero el diálogo ecuménico es el primer paso en el camino de acabar con las divisiones. No sabemos de qué manera habrá el Espíritu Santo de unificarnos. Humanamente hablando esto parece imposible. Pero debemos tomar el primer paso, en la fe de que el Espíritu de Dios hará lo humanamente imposible, y debemos estar preparados a tomar el segundo paso cuando esto se haga posible.

El diálogo ecuménico impone graves demandas sobre las iglesias. Si las iglesias protestantes quieren exigir a la Iglesia Católica que ella esté dispuesta a cambiar su dogma, entonces los protestantes también deben estar dispuestos a reexaminar sus doctrinas, a la luz de las Sagradas Escrituras. Esto no es cosa fácil. No es fácil aceptar la posibilidad de que estamos errados. Pero en un diálogo ecuménico no se busca obtener triunfos sobre el otro hermano. Lo que se quiere lograr es un esfuerzo unido para entender la mente de Cristo y descubrir Su voluntad para con Su pueblo. Todo diálogo ecuménico presupone fe en Dios y confianza en el prójimo.

Los luteranos creemos que tenemos algo valioso que podemos aportar al diálogo ecuménico de las iglesias. Queriendo ser fieles a nuestra única regla y norma de fe que son las escrituras proféticas y apostólicas del Antiguo y del Nuevo Testamento, nosotros los luteranos confesamos en pensamiento, palabra y obra la teología de la cruz, "theologia crucis", y no una teología de gloria que quiera garantizar una perfección teológica del dogma cristiano y preservar en este mundo una iglesia "sin manchas y sin arruga". En segundo lugar los luteranos queremos dar testimonio de la presencia real de Cristo en la Santa Eucaristía, para un fiel entendimiento del hombre, de la iglesia y de las Escrituras. Y tercero, los luteranos deseamos recordar a las iglesias la correcta distinción entre ley y evangelio, oponiéndonos a todo esfuerzo por suprimir el uno o el otro o de confundir a ambos.

El diálogo ecuménico nos exige que articulemos. No basta con repetir nuestros "slogans" teológicos. A los luteranos nos interesa saber cómo entienden los teólogos católico-romanos nuestra posición doctrinal y en qué partes la consideran insuficiente o en error. Nosotros los luteranos queremos expresar la posición de nuestra iglesia no en términos del siglo XVI o en términos de Martín Lutero, sino en el idioma de nuestros tiempos, para que todos puedan ver sus propósitos y sentir su realidad.

En consecuencia, los luteranos damos gracias a Dios porque la Iglesia Católica nos ha permitido conversar con ella, haciéndonos conocer sus puntos de vista y escuchando los nuestros. Sólo así, siendo francos unos con otros, y permitiendo que la Palabra de Dios nos hable a todos, podemos tomar ese primer paso que puede conducir al anhelo de todos los cristianos que es el de la unificación de todas las iglesias bajo una sola bandera: la de Cristo.

Caracas 10 de mayo 1966.